

Decimocuarto Domingo del Tiempo Ordinario A2023

Cuando leemos la historia del mundo, aprendemos que además del holocausto, el pueblo de Israel pasó por muchos problemas y sufrimientos. En un momento tan difícil, uno de los papeles de los profetas era ayudar al pueblo a sobrellevar la situación, a mantener la fe en Dios ya esperar su consolación y visitación.

El mensaje del profeta Zacarías que escuchamos en la primera lectura de hoy tiene que situarse en este contexto. El profeta proclama precisamente un tiempo de paz y liberación de Dios. El pueblo tiene que regocijarse y alegrarse porque el fin de su sufrimiento está a la vista. El Mesías está a punto de aparecer. Será un rey justo y victorioso; será el libertador de su pueblo.

Tenemos que saber que cada vez que un profeta profetiza, su mensaje siempre se refiere tanto a corto como a largo plazo. Con respecto al corto plazo, se puede decir que cuando Israel era un país colonizado, explotado y oprimido por potencias extranjeras, cada levantamiento de un nuevo rey en el país era visto como un intento de Dios por liberar a su pueblo. Lo sorprendente, sin embargo, en la profecía de Zacarías es que promete un salvador que no vendrá a la cabeza de un poderoso ejército, con caballos y carros, sino un rey “humilde y montado en un burrito”.

Tal rey quitará de la ciudad todo signo de poderío militar; destruirá todas las armas de guerra y todos los medios de violencia. A pesar de todo, saldrá victorioso y su reinado llegará hasta los confines de la tierra. Esta profecía de Zacarías es lo contrario de la idea popular de lo que debe ser un rey. El Mesías no es alguien a quien se sirva; en cambio, es él quien centrará su atención en las necesidades de los demás y les servirá.

Jesús cumplirá esta profecía de Zacarías al entrar en Jerusalén sobre un burro. Ese acto mostrará, como a la larga, Jesús era el rey esperado, el pacífico que conquistará los corazones humanos con su simpatía y amor. En este contexto comprendemos por qué en el Evangelio de hoy Jesús alaba a su Padre por haber ocultado tal conocimiento a los sabios e instruidos y revelárselo a los pequeños.

Estas palabras de Jesús no significan que a Dios le molesten los intelectuales, o la gente importante o que no le gusten. Aquí Jesús simplemente está reconociendo un hecho y afirmando una verdad que está dentro del plan de Dios, es decir, que Dios tiene preferencia por los humildes y los pobres. Los pobres y los humildes, en efecto, han sido los primeros en acoger a Jesús y en acoger su palabra de salvación. Recuerda cómo en su nacimiento, fue el pastores quienes lo acogieron con alegría mientras los escribas y fariseos lo combatían constantemente.

En otras palabras, para ser verdaderamente discípulo de Cristo se debe tener un corazón de pobres, un alma de pequeños. Lo que digo aquí no quiere decir que el cristianismo esté reservado a los ingenuos o a los tontos, quiere decir solamente que Dios necesita un corazón abierto del que es consciente de su miseria, del que sabe que realmente necesita a Dios y cuenta completamente sobre él.

Acoger y aceptar a Jesús no significa necesariamente no estar fuera de los apuros, problemas o sufrimientos. El discípulo no está fuera de la condición humana con todas sus dificultades. Por eso Jesús muestra una preocupación real por todos aquellos que están agobiados y doloridos. “Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y yo los aliviaré”, el Señor dice.

¿Aceptamos la invitación de entregarle nuestras cargas y permitirle que nos refresque? ¿Están de acuerdo en entregarle todos sus problemas y todas sus preocupaciones, sus muchas dificultades y confiar en él? Entrega todo al Señor, sus sentimientos de estar abrumado por las cargas financieras, los tiempos difíciles en su matrimonio y los aspectos aburridos de su trabajo, su preocupación continua por sus hijos y familiares, sus problemas de salud, etc. Entréguenlo todo al Señor y estén en paz. Ten fe sea que sea lo que pase, con nuestro Señor, todo estará bien.

Nuestro Señor dice también: “Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, (...) y encontrarán descanso, porque mi yugo es suave, y mi carga ligera”. Recordemos qué es un yugo. Un yugo es un travesaño de madera sujetado sobre el cuello de dos bueyes y unido al arado o para tirar de un carro. El yugo permite que los dos animales tiren juntos. Siendo el trabajo compartido, al terminar la jornada, los bueyes están cansados, pero no agotados.

El yugo aligera la carga. Cuando Cristo dice: “Tomen mi yugo, la carga es ligera”, se presenta como nuestro compañero de equipo que lleva con nosotros la carga del día. Lleva el otro yugo como nuestro compañero y da la gracia de vivir sin agotarse. Podríamos cansarnos de nuestros problemas y dificultades. Cuando los bueyes se cansan, su yugo tira de la carga. Por lo tanto, no están agotados. Por lo tanto, no nos agotaremos si Jesús ocupa el otro lado del yugo. El yugo de Cristo hace la vida fácil.

El yugo y la carga de Jesús son la sumisión al reino de Dios. Nuestro Señor no impone más carga a quienes lo aceptan, sino que les facilita llevar las cargas de la vida que ya tienen. Acoger a nuestro Señor y creer en él no es aceptar nuevas obligaciones, sino entrar en un nuevo modo de vivir que nos libera de cargas y cansancios y facilite vivir bajo su guía.

Pidamos a Dios a través de esta celebración que nos llene de la fuerza del Espíritu Santo para que podamos aceptar a nuestro Señor como nuestro compañero de equipo y de yugo. Viviendo de acuerdo a su Espíritu podemos cruzar las cargas de esta vida con él y entrar al Reino de su Padre donde la herencia de la resurrección está preparada para nosotros. Amén

Zacarías 9: 9-10; Romanos 8: 9, 11-13; Mateo 11: 25-30



Fecha de la Homilía: el 09 de Julio, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230709homilia.pdf